

## EL NORTE ARGENTINO: UNA REALIDAD LITERARIA

Por

DAVID LAGMANOVICH

LA literatura argentina ha dado con frecuencia la impresión de girar exclusivamente en torno de la ciudad de Buenos Aires. Las más importantes revistas literarias, las editoriales más poderosas, los premios y demás marcas exteriores de celebridad se han concentrado siempre —lo mismo que el movimiento fabril, la Bolsa y los elevadores de granos— en la enorme ciudad portuaria.

Absorbente como es, sin embargo, Buenos Aires no totaliza los significados del país en ningún sentido, y ello ocurre con especial énfasis en la vida cultural. Las provincias del interior —algunas de las cuales conocieron vida organizada antes de la fundación de Buenos Aires— tienen sus propias tradiciones de cultura, sus instituciones propias, su distinta manera —muchas veces— de entender la vida y el arte. Una narrativa de fuertes colores diferenciales, una poesía que busca llegar a lo universal a partir del ahondamiento en los valores de la circunstancia inmediata, una búsqueda histórica que reviste a veces caracteres de apasionamiento, son algunos de los resultados de tal actitud. ¿Por qué la literatura que brota de esta manera provinciana de ver la vida es menos conocida, singularmente en el exterior? Ah, ese es otro problema: aquí tiene que ver la circulación de los bienes culturales, no su producción.

Si hay una región argentina verdaderamente distinta, tanto por imperio de la historia como por exigencias del paisaje y de los hombres de hoy, es la que siempre se ha llamado el Norte, aunque quizá

"Noroeste" fuera una denominación más exacta. Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja (aunque próxima esta última a la zona central del país) son las distintas provincias en donde se articula este concepto humano y cultural. Mundo distinto a los ojos del habitual residente de la capital, en el Norte han de encontrarse la más antigua ciudad argentina (Santiago del Estero), una universidad concebida inicialmente al servicio de lo regional (Tucumán), testimonios abundantes de las culturas indígenas primitivas (Jujuy, Catamarca, La Rioja), tabacales, selvas y campos petrolíferos (Salta), inmensos cañaverales (Tucumán), la selva, la llanura y la montaña... Todo ello a lo largo y ancho de casi seiscientos mil kilómetros cuadrados, poblados por dos millones y medio de habitantes. Un mundo distinto y un hombre también distinto, que habla un español de sabor más arcaico y cuya tez es más oscura, y que tiene mayores vínculos con la América Latina raigal e indígena que cuanto pudiera suponerse desde la orgullosa y "europea" capital.

#### LA HISTORIA

La historia de la poesía muestra con claridad la existencia de ese fenómeno; de la poesía, digo, porque la producción poética supera, en esa parte del país, a la novelística, la ensayística o la literatura teatral, tanto en volumen como en importancia. Las razones de este hecho deben buscarse, seguramente, en la sociología antes que en la psicología: la ya aludida concentración de los canales de comunicación literaria en la capital del país no alienta al escritor a frecuentar aquellos géneros, como la novela, que exigen un esfuerzo más dilatado y sostenido, y cuyas posibilidades de publicación disminuyen en proporción a la distancia de Buenos Aires. No hay una industria editorial, que pudiera alentar cierto interés competitivo; no hay tampoco una intensa vida teatral, que pudiera despertar la emulación. La poesía, el ensayo breve y el cuento, todo ello entregado a los azarosos lectores en pu-

### *El Norte Argentino: una Realidad Literaria*

blicaciones periódicas, vienen a ser las formas de comunicación pública más típicas del escritor norteño.

Aunque sea de pocos libros, entonces, la poesía en el Norte de la Argentina tiene en el tiempo un desarrollo bastante orgánico y coherente. Sólo que ese tiempo es más breve en el Norte que en otros centros del país. En el Norte, prácticamente la poesía con alguna trascendencia es cosa de este siglo. Durante el siglo XIX, las provincias norteñas no pudieron mostrar ningún equivalente provinciano de un Echeverría, de un Andrade, de un Guido Spano; apenas si, en la prosa, pudiera aducirse el caso de Juana Manuela Gorriti (1818-1892), valiosa contribución a la narrativa, aunque pasó la mayor parte de su vida fuera de su Salta natal. La literatura que hoy se hace en el Norte de la Argentina es un fenómeno de raíces contemporáneas: *Las edades*, 1908, de Víctor Toledo Pimentel, y *El poema del agua*, 1903, de Manuel Lizondo Borda, son aparentemente los dos primeros libros de poesía, de autores norteños, publicados en Tucumán y en el Norte del país.

En el desenvolvimiento temporal de esa poesía hay un par de momentos de concentración, un par de nudos o centros temporales de irradiación. El primero está señalado por la asimilación del ideario estético del modernismo, como reacción contra la persistencia de ciertas borrosas formas de poesía inspiradas en el romanticismo finisecular español. Joaquín Castellanos (Salta, 1861-1932), Ricardo Rojas (Tucumán, 1882-1957), Juan Carlos Dávalos (Salta, 1887-1959), y, en otras latitudes del país interior, Leopoldo Lugones (Córdoba, 1874-1938) y Arturo Capdevila (Córdoba, 1889), ejemplifican tal influjo. En Tucumán, centro geográfico y cultural de la región norteña, se asocia ese fenómeno con el grupo llamado "generación del Centenario", pensando en los años que corren alrededor del que señala los cien primeros años de independencia (1916). Ese grupo domina indiscutiblemente la escena intelectual desde principios del siglo hasta poco después de 1920. Es notoria en ellos la influencia de un amigo y cama-

rada de ideales de Rubén Darío, el boliviano Ricardo Jaimes Freyre (1868-1933), importante figura del modernismo poético que vivió y enseñó en Tucumán (1901-1917), en donde además escribió una parte considerable de su obra. Sus lecturas —las de todo el grupo— son principalmente francesas, por lo menos en la época a la que nos referimos; la actitud poética oscila entre el apego a la tierra y a sus tradiciones, la ocasional reflexión filosófica y —más frecuentemente— el sentimentalismo irrestricto. El grupo tiene sus propias antologías, debidas al ya citado Lizondo Borda y a Alfredo Cónsole; la primera se llama *El Tucumán de los poetas* y se editó en 1916, conmemorando el centenario de la independencia argentina; la otra es el *Florilegio de poesías tucumanas*, de 1921. Cercanos equivalentes pueden encontrarse en la actividad literaria de las demás provincias nortefías.

Los años que siguen a esta irrupción del modernismo, y a esta retirada de los últimos epígonos del romanticismo, están signados por cierta lentitud cultural. Apenas algunos ejemplos aislados dan indicio de reacciones o anticipaciones, también solitarias, contra la absorbente poética de filiación modernista. Dos merecen señalarse en particular. Uno es Bernardo Canal Feijóo (Santiago del Estero, 1897), un auténtico representante nortefío del “martinierrismo”, o vanguardia poética argentina de la década de 1920, aunque incorporado más tarde a la vida de la metrópoli; el otro, Luis L. Franco (Catamarca, 1898), que en muchos años se anticipó a la obra renovadora que desearon hacer —en la Argentina como en los demás países hispanoamericanos— las promociones surgidas a la vida literaria después de 1940.

Los escritores que pertenecen a estos núcleos ejercen en el Norte de la Argentina autoridad intelectual durante muchos años; algunos de ellos la conservan, aunque en general no participan hoy de la vida literaria activa sino más bien de otros quehaceres intelectuales, como la cátedra y la investigación en diversos campos de la cultura. Pero la labor de la “generación del Centenario” y de las aisladas reacciones individuales que le sucedieron no es en absoluto desdeñable, pese a

*El Norte Argentino: una Realidad Literaria*

su alejamiento de la literatura de hoy: ellos representan una primera apertura del medio cultural provinciano hacia el mundo, en el primer caso encarnado en la poética deslumbradora del modernismo de Darío y Jaimes Freyre.

Los creadores de la actual poesía nortea, sin embargo, son otros. Tras algunos años más sobreviene el segundo impacto. Aparece, después de 1940 —un año que provocó definiciones poéticas también en otros lugares del país, en Buenos Aires por ejemplo— una nueva manera de entender la literatura. En la Universidad de Tucumán se ha creado en 1937 el Departamento de Filosofía y Letras, pronto convertido en Facultad, que cuenta con un notable conjunto inicial de jóvenes profesores, tales como Enrique Anderson Imbert, Marcos A. Morínigo, Aníbal Sánchez Reulet y Eugenio Pucciarelli, ajenos al ambiente y por tanto sin excesivo respeto por las figuras consagradas. La siembra cultural (entre otros factores) incide al cabo de unos años en la aparición de un grupo humano bastante coherente en sus intenciones, pese a la distinta contextura cultural e ideológica de sus integrantes: es “La Carpa”. El carácter del grupo es acusadamente regional, aunque su epicentro se haya localizado en la ciudad de Tucumán; y la postura inicial del grupo es polémica: “Sabemos que en esta parte del país la poesía empieza con nosotros”, dice el prólogo a una de sus primeras publicaciones. Categóricamente, los poetas de “La Carpa” fijan y deslindan posiciones: “Se está aquí”, dicen, “en más cercano contacto con la tierra, con las tradiciones y el pasado, elementos auténticamente poéticos que no son responsables de las secreciones de cierto nativismo mezquino que encubre su prosa con el injerto de giros regionales y de palabras aborígenes. Por ello proclamamos nuestro absoluto divorcio con esa floración de “poetas folcloristas” que ensucian las expresiones del arte y del saber popular utilizándolas de ingredientes supletorios de su impotencia lírica”. Se trata, como es fácil advertir, de un grupo de jóvenes, que quieren hacer girar su quehacer poético en torno de nuevos (o renovados) supuestos.

“Creemos que la poesía es flor de la tierra, en ella se nutre, y se presenta como una armoniosa resonancia de las vibraciones telúricas”, dijeron estos jóvenes de 1944 en su documento inicial. “Creemos que el poeta es la expresión más cabal del hombre... Conscientes de las solitudes del paisaje y de las urgencias del drama humano no renunciamos ni al Arte ni a la Vida... En fin, creemos que la Poesía tiene tres dimensiones: belleza, afirmación y vaticinio”.

Los escritores de “La Carpa” —como lo dice el prólogo a su *Muestra colectiva de poemas*, 1944— pertenecen a las diversas provincias del Norte argentino, aunque ninguno de ellos fuera lo que entonces se llamaba en la Argentina “poetas regionalistas”. Además, muchos han frecuentado la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán, o han tratado privadamente a sus calificados profesores iniciales; se les atribuye cierto tipo de formación humanista; transitan las literaturas contemporáneas, y no les son ajenos —hacia 1940— los nombres de Milosz, Rilke, Neruda, Vallejo, Bréton, Valéry, Tzara y Huidobro. Es fácil ver que todo ello configura un nuevo clima poético. Los frutos serán en la mencionada *Muestra*... que reúne poemas, en muchos casos iniciales, de los siguientes autores: María Adela Agudo (Santiago del Estero), Raúl Aráoz Anzoátegui (Salta), Julio Ardiles Gray (Tucumán), Manuel J. Castilla (Salta), José Fernández Molina (Salta), Raúl Galán (Jujuy), María Elvira Juárez (Tucumán), Nicandro Pereyra (Santiago del Estero) y Sara San Martín (Jujuy). Cuatro de las provincias norteñas estaban, pues, allí representadas; y el ímpetu de renovación puesto en marcha por “La Carpa” había de llegar, igualmente, a las restantes.

Los miembros de “La Carpa” pueden todavía —casi veinte años después— ser legítimamente llamados escritores y poetas “de hoy” en el Norte argentino. Pero al hacerlo así no hay que olvidar otro importante aunque menos numeroso sector: el de quienes, a pesar de la coetaneidad y de estrechos vínculos personales, no pertenecieron al mencionado grupo. Entre ellos hay poetas de altísima calidad lírica:

### *El Norte Argentino: una Realidad Literaria*

Guillermo Orce Remis, Leda Valladares (de Tucumán ambos), Mario Busignani (Jujuy). Y tampoco cabe olvidar que, aunque algo posteriores, hay poetas como Jorge Calvetti, Néstor Groppa, Andrés Fidalgo (Jujuy), Jaime Dávalos (Salta) y Ariel Ferraro (La Rioja), que en su actitud general no pueden considerarse muy alejados de los postulados de "La Carpa".

Tanto es ello así que, cuando en 1955 se constituye en Jujuy otro grupo poético, denominado "Tarja", sus palabras iniciales guardan estrecha similitud con las que signaron, once años antes, el nacimiento de "La Carpa" en Tucumán. Véase: "Con ideales que nos vinculan al hombre real y a su tierra siempre dura; procurando con espíritu atento, interpretarlos, expresarlos y cantarlos, presentamos en nuestra antología, obras que vencieron a las edades... De nuestra labor desterramos el azar y la gratuidad. Propósitos claros y definidos nos estimulan... Entre la historia y el presente, nos quedaremos con este último, donde está vivo el trajinar del pueblo". En síntesis: clara ubicación en los campos del arte y de la vida; correlación con los motivos telúricos y afirmación de los deberes del artista dentro de su comunidad.

Nuestro esquema cronológico incluiría así tres grupos: antes de "La Carpa" es uno; forman el otro los integrantes de este movimiento y sus seguidores más inmediatos, y el tercero es el de los coetáneos que siguieron un camino distinto, pero quizá paralelo y coincidente en su significación última. Resta incluir un cuarto grupo: el de los más jóvenes, llegados a la vida literaria unos diez años más tarde que los poetas de "La Carpa". Mencionando solamente a quienes tienen libros publicados, debe recordarse por lo menos a Adriana Chaves, Arturo Álvarez Sosa, Juan José Hernández, Juan E. González y Tiburcio López Guzmán, de Tucumán; a Carola Briones, santiagueña de origen; al riojano Pedro S. Herrera; a los salteños Roberto Albeza y Walter Adet, y al catamarqueño Juan Bautista Salazar; algunos de ellos con escasa obra impresa, pero todos con evidente e intensa dedicación a la poesía.

Hasta aquí la historia. Pero también la geografía tiene que decir su palabra.

#### UN MAPA

Si recorremos las provincias del Norte en busca de sus escritores y poetas representativos, encontramos hoy —años después de los tiempos de “La Carpa” y empresas semejantes— un nutrido haz de valores que, en cada una de esas provincias, enriquecen con sus voces el coro total de la actual literatura argentina.

#### Salta

En Salta hubo un gran prosista, el ya mencionado Juan Carlos Dávalos; más quizá que sus poemas —entre los cuales son antológicos sus sonetos “La muerte del toro”— importa ahora su narrativa: *Relatos lugareños*, *El viento blanco*. Y hay, por lo menos, dos grandes poetas, ambos procedentes del grupo de “La Carpa”. Uno es Manuel J. Castilla (1918), ejemplo de dedicación a la tarea literaria dentro del núcleo humano que consideramos. A pesar de la mencionada inexistencia de una industria editorial, Castilla lleva publicada una serie considerable de libros: *Agua de lluvia*, 1941; *Luna muerta*, 1943; *La niebla y el árbol*, 1946; *Copajira*, 1949; *La tierra de uno*, 1951; *Norte adentro*, 1954; *De solo estar* (prosas), 1956; *El cielo lejos*, 1959. En ellos desarrolla una poética de ancho aliento, tejida de intenciones celebratorias, apegada a la tierra, apoyada en una expresión muchas veces rotundamente sensual y enumerativa, pero invariablemente eficaz y profunda, como en estas líneas de su poema “Padre verano”, que celebra fervientemente la estación más poderosa del año en una región ya notoria por la fuerza de sus selvas y sus ríos:

*El Norte Argentino: una Realidad Literaria*

Padre verano. Llama ciega. Pura estridencia silenciosa,  
desbordada y clarísima majestad solitaria,  
por cada vena tuya,  
por tus crines doradas, quemadas de luciérnagas, me afirmo vida  
adentro de la vida.

Dame tu aliento animal, tu viejo semen quieto y poderoso,  
tu derrumbe vital sobre las flores carnosas y esplendentes,  
tu barba de enredaderas trepadoras,  
tu arrugada dulzura blanca en las chirimoyas  
y los perfumes donde te apoyas levemente  
como si recordaras despedidas antiguas.

Yo estoy en ti y voy por ti caminando  
hacia la rota médula de cristal de las lluvias  
como si destrozara entre los dedos la sombra amarga de los quebrachos.  
Y me vienen los pájaros y el helecho y el viento,  
todo lo que te nombra y te trasciende  
y muere sin embargo, para volver de nuevo a festejarte.

Raúl Aráoz Anzoátegui (1923), el autor de *Tierras altas*, 1945, es el otro importante poeta salteño. También su poesía arranca de la contemplación y goce de la tierra. Pero en él hay, por una parte, mayor ternura, y por otra una intención unitiva entre el hombre y su alrededor, entre ser y circunstancia. El canto es en él permanente: pero no implica tan sólo celebración de lo externo, sino también inserción de lo humano —aun al riesgo de cierto romanticismo inicial— en el paisaje, diálogo entre el hombre y su mundo:

Tal vez porque el otoño tiene un vino dorado para el hombre,  
recuerdo tu cabello lacio y me escucha el bosque.  
Y tu cabello es una mata simple caída del ocaso.  
Hoy quisiera perderme en las mesetas por entre el pasto amargo.

Pues es tarde ya para quererte y recordarte;  
tarde para los pájaros que no saben tu nombre en el paisaje;  
tarde para la vid cansada del milagro,  
para tus labios tristes y el renovado canto.  
Porque al aire le faltan durazneros,  
y la mañana con esquilas, baja turbia de los pueblos del viento.

### *Jujuy*

En Jujuy, más al norte, hay voces semejantes. Una de las más claras es la de Mario Busignani (1915), quien firma tres libros: *Tiempo ensimismado*, 1947; *Memoria del asombro*, 1950, e *Imágenes para un río*, 1960. Busignani, que no perteneció al grupo de "La Carpa", comparte en cambio con sus integrantes la actitud inicial de aproximación a las cosas de la tierra, al vino violento de los valores telúricos. Pero él transmite sus hallazgos dentro de formas clásicas, externamente reposadas aunque llenas de tensiones internas, hasta cuando —como en su soneto "Verano", que repite en moldes formales muy distintos el tema de varios otros poemas nortefíos— adopta la vestidura del soneto, tal como lo usaron los renacentistas españoles:

Esta es la bruesa orilla del verano  
con su fulgor de pájaros y mieses,  
ésta es su alba de lluvias y embriagueces  
y ésta es su tez de cedro y de manzano.

Ved el color enardecer su mano  
y su latir de arcillas y de peces,  
ved su cigarra urgiendo madureces  
y su cadera púber en el grano.

Con plenitud de azúcar y de llama  
hiende los pechos duros del granado  
y acumula en las vides su congoja.

*El Norte Argentino: una Realidad Literaria*

Por abejas y grillos se derrama  
y se tiende —ya toro fatigado—  
en un lecho de zambas y de aloja.

Aunque sin olvidar la obra valiosa de Jorge Calvetti (1916), cantor del paisaje nativo en bellas estrofas que muchas veces tienen detinida intensidad social (*Fundación en el cielo*, 1944; *Memoria terrestre*, 1948; *Libro de homenaje*, 1957), hay otro poeta de Jujuy cuyo papel en la literatura nordestina comienza a recibir el reconocimiento que se le debía: es el recientemente desaparecido Raúl Galán (1912-1963), animador y vocero principal del grupo de “La Carpa”. Galán, en efecto —jujeño de origen que residió durante muchos años en Tucumán, donde estudio y enseñó— fue quien redactó los manifiestos de aquel movimiento, y en él confiaron los demás integrantes para aclarar la exposición de sus propios puntos de vista y para referirse a él como a un elemento unitivo del grupo. La obra de Galán —olvidando algún libro primerizo— entra en tres volúmenes: *Se me ha perdido una niña*, 1950; *Carne de tierra*, 1952, seguramente el más logrado; y *Ahora o nunca*, 1960. De los varios temas de este poeta, hay uno que persiguió siempre, y fue el de la pérdida del mundo maravilloso de la infancia (“Varón grave, de mandos absolutas, / de medido además por los aleros, / crecido sobre un niño innumerable: / ¿qué has hecho del muchacho de las rosas?”). Pero su poesía no se detiene del todo en el llanto, en lo elegíaco, según lo advertían ya líneas suyas de 1944: “Bueno. Basta por hoy. He sollozado / por el precio cabal de mi pasaje. / Y están las suaves viñas de mi tierra / esperando mi canto”. Nuevamente se da, pues, el reclamo de la tierra, que Galán capta —unido a las incidencias del drama humano— principalmente a través de una actitud de neto predominio sentimental, justificadora de líneas como las siguientes:

Esta tarde me trae el saludo de lejanas y sonrientes muchachas  
y distribuye en las mensajerías del aire  
los dorados remilgos de las tuscas  
mientras llueve en el espíritu  
el polen de viejas cosas obstinadamente inolvidables.

Y también:

Mientras busco esa palabra inasible  
como el idioma inmemorial de los vientos más antiguos,  
he aquí que recuerdo haber visto,  
no hace muchos años ni demasiado lejos,  
una alegre avenida de tamarindos adolescentes.  
Y por ella marchaba aquel muchacho silencioso cuyo retrato se de-  
[sangra  
en la niebla de un álbum ya perdido para siempre.

He dicho en otra oportunidad que la producción de Raúl Galán es “poesía basada en fundamentos estéticos que no vamos a discutir ahora, pero cuya efectividad se apoya en el juego limpio: nada que esconder, sino el insignificante detalle anecdótico (y ya en esto ¡qué diferencia con tanta otra poesía!); nada que mostrar, a excepción de la herencia que la vida y el paisaje dejan en el hombre, tras muchos días bañados por la luz confusa del recuerdo”. Señalemos, además, que el tono conversacional y confidente de estos y muchos otros poemas era perfectamente deliberado. En un artículo periodístico publicado en Tucumán, después de la formación y de la ulterior disgregación de “La Carpa”, Galán explicó sus intenciones con todo detalle: “La cuestión es ésta: hay una fractura abismal en el cuerpo de la poesía argentina. Los puentes están rotos por el desapego de los lectores y por el insolente orgullo de poetas que cifran su más alto título para merecer este nombre en su proclama retórica de una soledad sin nostalgias de la comunicación humana, de una soledad soberbia, de una seca soledad que abiertamente rechaza la comprensión del prójimo. Olvidan que la poesía es un diálogo cordial y consolador y se conforman con la complicidad de los ‘entendidos’, como si la poesía pudiese sobrevivir prisionera de los cónclaves. Es necesario rescatarla y restituírle su condición de canto. “La Carpa” le abrió una puerta y por eso se confía en nosotros. Pero debemos derribar todos los muros levantados en torno de ella, para que llegue a ser la camarada del

*El Norte Argentino: una Realidad Literaria*

hombre, su nodriza y aparcera". He aquí el tono, la actitud que César Fernández Moreno llamaría luego —aunque sin referencia a este caso concreto— la "posvanguardia": una nueva toma de posición sobre la función de la poesía en la vida del hombre.

*Catamarca, La Rioja, Santiago*

Si por un momento salteamos en el mapa a Tucumán, indudablemente la de más activa vida cultural entre las provincias nortefías argentinas, los nombres restantes son relativamente pocos. Catamarca tiene hoy a Luis L. Franco (1898), figura, como ya se dijo, anticipadora de novedades líricas en esa parte del país. En La Rioja, tierra de escritores tan valiosos como Joaquín V. González (1863-1923) y Arturo Marasso (1890), está Ariel Ferraro, cuya poesía, también de la tierra, la ve a través de una gran cultura literaria y plástica, v en medio de la búsqueda de un lenguaje cada vez más preciso. Testimonio de esa lucha es su poema "Forma", correspondiente a su libro *La música secreta*, 1962, la cuarta de sus colecciones de poemas:

Un extraño monograma de ceniza  
sobre lá piel del día imperdonable.

El tedio es una larga memoria pisoteada  
y el otoño  
una lámpara en ruinas repartida,  
derramando horizontes en su asedio de cobre

Tan sólo tú,  
que naces a la izquierda de la lluvia,  
puedes fundar la forma  
melodiosa del aire.

En Santiago del Estero hay un excelente narrador, Jorge W. Abalos, cuya colección de relatos *Shunko* constituye no sólo un ejemplo de veracidad artística sin compromisos con el verismo, sino también de una

auténtica poesía que surge de las áridas regiones del Chaco santiagueño, zona de inmensas dificultades materiales y de bilingüismo cultural (pues los lugareños hablan, a la par del español o más que éste, el quichua, lengua indígena casi milagrosamente conservada). A la observación fiel Abalos suma auténtica ternura por lo humano y amor a los niños, y esas virtudes seguramente han influido para que, como luego se ha hecho, a partir de ese libro pueda obtenerse una bella película argentina. En la misma provincia, hay que recordar la obra poética de María Adela Agudo, la poetisa más promisoría del grupo de "La Carpa", prematuramente desaparecida en 1952, y cuyos trabajos se recogieron póstumamente; y a Nicandro Pereyra (1917), en cuyas *Coplas del cañaverol*, 1952, hay una comunicatividad muy compatible con los postulados de la misma agrupación: "Las *Coplas* están inbuidas de color local", explica, "pero hay en ellas un suspiro y ritmo universales. Se ama hasta la transfiguración lo genuinamente verdadero. Se odia lo antinatural, lo asimétrico, lo no divino, lo guerrero. Mis héroes piden justicia, hermosura y amistad. No se qué tantas cosas puedo contar, pero serían fraternales como el tinte del tarco florido, de la verde luz húmeda del moral, de los ojos nocturnos de la mujer amada". Como otros poetas norteos, Pereyra pasa de cierta poesía "combatiente" a una actitud en la que, sin ignorar el drama del hombre, se elude cuanto sea posible la expresión antipoética de las aspiraciones de justicia e igualdad: "Todo ha caído en mí y me siento mucho pueblo, mucho dolor y, sin embargo, también me siento mucha alegría de vivir".

### *Tucumán*

Si hemos dejado para el final de esta sección las referencias a los narradores y poetas actuales de Tucumán es porque creemos que, aunque muchas sean las similitudes con la literatura que se cultiva en otros lugares del Norte argentino, es también grande la diferen-

### *El Norte Argentino: una Realidad Literaria*

cia. Las discrepancias no han de anotarse tan sólo en el orden de lo cuantitativo, aunque sea mayor —aparentemente desde antiguo— la producción literaria en esta provincia que en las demás de la región. Hay también, creemos, un enfoque distinto de la poesía: una visión distinta del paisaje, un compromiso distinto con la tierra y con todos los elementos que generalmente conforman una literatura “regional”. Los vínculos personales y generacionales son fuertes; los hombres de “La Carpa” trabajaron poseídos de sentido regional; los grupos más jóvenes de Tucumán, de Salta o de Jujuy, análogamente, están en comunicación permanente: pero el canto es distinto.

En nadie, posiblemente, se muestran más acentuadamente esas diferencias que en Guillermo Orce Remis (1917), a quien Juan Carlos Ghiano llama “uno de los más personales elegíacos de la poesía argentina”. Su poesía se desarrolla en cuatro libros: *Indecisa luz*, 1944; *Poemas*, 1949; *El aire que no vuelve*, 1953, y, *En la luz perdida*, 1960. Dos temas fundamentales tiene esa poesía, y en ninguno de los dos es muy grande el contacto con sus amigos y compañeros de generación pertenecientes al grupo de “La Carpa”: el hombre, en perpetua soledad y abandono; Dios, ser terrible que nos espera con un amor abrasador y excluyente. Las circunstancias del paisaje no entran en esta poesía, como no sea en un sentido lateral e incidental, como para subrayar la persistencia increíble de lo cotidiano (“aún hay tapias de verde humedad gloriosa / y tardes de invariable eternidad”), junto a los repetidos testimonios de desvalidez del hombre (“Desventurado el hombre, a solas, / con una luz inclinándose a la muerte”), de su soledad (“Yo construyo mi isla / y una voz sobre su cieno”), de su nostalgia de un Dios no siempre fácil (“Un tierno Dios distante, lejos”), no siempre campasivo (“Sólo mi muerte vas mirando, Señor mío, / esta flor de carne destrozada”), no siempre accesible (“¡Cómo llegar a ti, a ese fuego secreto, / oculto, aéreo!”). El peso significativo y el rigor formal, en un poeta implacablemente alejado tanto de la facilidad tradicional como de la facilidad de las nuevas retóri-

DAVID LAGMANOVICH

cas, llevan a una poesía de alta y ascética belleza, que con frecuencia ha recibido la calificación de "hermética". Si tal descripción es correcta, ha de decirse al mismo tiempo que ese carácter lo tiene en común con gran parte de la más valiosa poesía de nuestro tiempo. Escuchemos, por ejemplo, los sones de la desesperanza en estas líneas de "Elegía", poema que pertenece a su colección de 1953:

Siempre, amorosamente consumido el álamo de tu voz,  
cuando el otoño tiende tu muerte y tu corona.

Yo construyo esta leve casa para el viento,  
y tú sabrás cómo una voz bajo las voces  
cubre sus manzanas.

Pero aquí concluye, edad blanda; ya ciervo perseguido  
soltó al aire su sílaba de humo.

Aquí concluye.

Dejaré que algo se alimente de esta huida,  
cayendo, dando al aire todo, así,  
viviendo de disturbio, de vencido amor.

Y la aparente frialdad del canto, que por sí sola bastaría para diferenciarlo nítidamente de otros poetas de la misma región y época, en estos otros versos de la misma colección:

Todo vuelve, todo espera —simple y puro— hasta ese aire de fría  
[permanencia,

tuyo desde algunos desiertos pasos.

Volverá así ese ambiente desplazado, ese vigor,  
y la voz poseerá su campo.

Vuelve, gira tu mano en lento círculo  
y que tu pie pise su camino.

Serás la noche, la tarde o la mañana;  
¿se sabe acaso en qué silencio se estaciona el día?

### *El Norte Argentino: una Realidad Literaria*

La desnudez ascética de la lírica de Oree Remis contrasta fuertemente, como se ha dicho, no sólo con los caracteres de la poesía de otros poetas nortños, como Castilla o Aráoz Anzoátegui, sino también con la que tuvo la de su comprovinciano Julio Ardiles Gray (1922) en sus dos únicos libros de poesía: *Tiempo deseado*, 1944, y *Cánticos terrenales*, 1950. Pero aunque aquí se mencionen sus libros de versos para completar el cuadro, evidentemente la importancia mayor de Ardiles Gray proviene de su larga dedicación a la novela. Ha publicado cuatro (*La grieta*, 1952; *Elegía*, 1952; *Los amigos lejanos*, 1956; *Los médanos ciegos*, 1957) que son incuestionablemente novelas "de Tucumán", pero en las cuales la relación con el medio se da naturalmente, sin ninguna toma de posición previa, sin intenciones de lograr a viva fuerza lo que suele llamarse "color local". Ardiles Gray novela el mundo que conoce: el ambiente del Norte argentino, de sus lentos pueblos, de sus ciudades pausadamente tradicionalistas. No hay una intención fácilmente descriptiva; tampoco rechazo; hay más bien una aceptación amorosa del medio. Lo que Ardiles se esfuerza por captar, antes que los hechos o las cosas de la provincia, es su *tempo*; no exterioridades, sino la reacción psicológica de la provincia ante la vida. Por eso las fronteras físicas se borran discretamente, y en cambio se enfoca el mundo del campesino hasta iluminar lo que puede esconderse por debajo de sus actitudes: su mitología, su mística. Para este novelista, expresar eso es, de hecho, asignar a la novela cierto carácter de poesía; por lo menos, cierto carácter que la poesía ha ido perdiendo. El ha sostenido que la novela es la única posibilidad de hacer poesía en el mundo contemporáneo; la única vía para crear un mundo mágico y compartido con el hombre, tanto por el vasto sector de lectores que la narrativa extensa tiene como por el carácter de depositaria de una sustancia mitológica que, en su opinión, ha ido perdiendo progresivamente la poesía actual.

No es la narrativa un fenómeno extraño en la tierra que dio a la literatura argentina los nombres de Fausto Burgos (1882-1952), Pa-

blo Rojas Paz (1896-1956) y Alberto Córdoba. De estos nombres, el primero y el último están más ligados que el de Rojas Paz a los contenidos regionalistas; el otro, aunque sus narraciones (*El patio de la noche, Mármoles bajo la lluvia*) tengan un sello netamente tucumano, vive más de la evocación que del paisaje directo, más del tiempo que del espacio, más de la dimensión interior que de la geografía. Estas dos posibilidades —soslayadas de alguna manera, por elevación, en Ac-diles Gray— parecen reproducirse en los más recientes narradores tucumanos, como Alba Omil (1929) y Ramón Alberto Pérez (1921). La primera, en sus *Historias de mujeres y de hombres*, 1961, quiere poner el acento en lo humano, pero sus hombres y mujeres se impregnan de geografía, necesitan para vivir de las violentas emanaciones del paisaje, terminan por perder individualidad literaria para transformarse en los “tipos” permanentes de la región: el trabajador de los cañaverales, el labrador apegado a la tierra, el gris habitante de un café de pequeña ciudad provinciana... Hay sin embargo auténtico drama en sus creaciones, y su capacidad para concebir lo trágico y lo grotesco, así como para expresar estas nociones en una prosa de escasa adjetivación, casi periodística, la señalan como escritora de singular valía. Ramón Alberto Pérez (*Mientras llega el olvido*, 1961) es, estilísticamente, más barroco; temáticamente, más universal; mentalmente, más confuso. No le interesa demasiado la estructura del cuento; le importa, sí, transmitir un estado de ánimo, como si hiciera de la narración breve un sustituto de la lírica. Y aunque sus cuentos tienen con frecuencia personajes arraigados en un ámbito rural (que él, lo mismo que otros escritores norteños, vivió personalmente en su niñez), sus dimensiones reales son las del relato fantástico, de salida imprevista, como si sus seres buscaran constantemente evadirse del ambiente mismo que los ha creado.

La actividad de los otros poetas tucumanos de hoy sigue un camino distinto, en el que ha influido profundamente el ejemplo y la actitud de Guillermo Orce Remis. Si deseáramos seleccionar solamen-

*El Norte Argentino: una Realidad Literaria*

te los más representativos de entre aquellos que han publicado libros, deberíamos referirnos especialmente a tres: Ariadna Chaves (1921), Arturo Alvarez Sosa (1935) y Tiburcio López Guzmán (1936).

La poesía de la primera (*Poemas*, 1951; *El arco*, 1961; *Las otras tierras*, 1961) es, seguramente, la más difícil de aprehender, la más hostil y huraña, de las tres. Tiene momentos de difícil captación pero también, cuando condesciende a llamar las cosas en un lenguaje más accesible, tiene momentos tiernos, conmovedores sin sentimentalismo. Como en esta frase, por ejemplo: "Alguien me reclama y es testigo / de mi ausente vestigio de ternura"; o también, para citar un poema íntegro, como en éste que se llama "Terrible alianza", confesional sin caer en la desmesura ni el desequilibrio emotivo:

Estar de paso  
en las cosas,  
en los seres,  
de paso  
solamente.

Pero esta necesidad  
humana de aferrarse  
aun al más pequeño  
ruido de este cuarto.

Un pequeño objeto mío  
conoce mi estructura,  
ha aprendido de mí  
la terrible alianza  
con el mundo.

De Ariadna Chaves se ha dicho que su poesía tiene una "honda conmoción emocional". Puede ser, siempre que no se entienda por ello el tipo de emocionalismo característico de la así llamada "poesía femenina", porque ésta no lo es. Su tema no es ni la mujer ni el hombre

ni sus recíprocas peripecias: su tema, uno de ellos al menos, es el del tiempo (“Desde alguna raíz amamos / el sabor espeso de los días / y un piadoso nombre para el tiempo”). Y quien dice tiempo, dice también eternidad (“Sin embargo, un alto día, / despojado allá en el tiempo, / dejará caer un tierno olvido largo”). Ariadna Chaves camina hacia esa eternidad porque, simbólicamente o sin quererlo, ha llamado a uno de sus libros *Las otras tierras*: compárese la implicación de este nombre con las *Tierras altas* de Araújo Anzoátegui, con *La tierra de uno* de Castilla, con *Carne de tierra* de Galán, con los *Cánticos terrenales* de Ardiles Gray, para citar sólo unos cuantos títulos que evidencian la obsesión norteña de lo telúrico. Esas otras tierras no son simplemente de la fantasía, sino también las de una realidad conquistada poniendo a prueba todas las fuerzas de su mundo interior. Y si su palabra es aún a veces confusa y balbuceante, ella debe atribuirse al esfuerzo de quien transita por las comarcas desoladas en donde la voz humana, lanzada al viento, sólo devuelve un eco árido y dolido.

Poeta, también, de una realidad que no es la telúrica es Arturo Álvarez Sosa, quien hasta ahora lleva publicados dos poemarios: *Los frutos del tiempo*, 1961, y *Nacimiento del día*, 1963. La recordación y nostalgia de la infancia, tema principal de aquel libro (“¡Ah, fresca nada y calor de la memoria”), dejan paso en el segundo a una suerte de preocupada toma de posesión del hombre en el mundo, que justifica un tono frecuentemente enumerativo: “Y da lo mismo el corazón, el trigo, / la tempestad de la manzana, el vivo / castigo de los cuerpos en la noche, / la fresca podredumbre de la rosa, / tu mano en la piel ciega de la muerte. / El mundo vale lo que somos dentro / del vientre de la luz, al puro estrago / de las horas soñando sólo sueños”. En el tiempo, no el espacio, ha de encontrarse al protagonista de estos poemas. Fundada su veta principal, la vertiente por donde corre el agua de su poesía, Álvarez Sosa depura su forma expresiva hasta ubi-

*El Norte Argentino: una Realidad Literaria*

carla dentro del molde del soneto, continente de su poesía más reciente:

Yo que ya digo poco, casi nada  
así la claridad pise la cosa  
con la piedad del hambre y de la rosa,  
entre amigos no soy y soy con nada.

Quiero decir con nadie, aunque añada  
el tú y el otro al lado en decorosa  
paz y sencillo luto, pues me acosa  
un no sé qué de pan y sal cerrada.

Eternidad, vagancia cruel y ciega,  
tan de fuera levanta la piel una  
todo el temor y la dureza vana

del hueso, que durando se sociega  
y se deshace clara en la fortuna  
frágil del aire, el cielo y la mañana.

Un tono afirmativo, de juvenil ímpetu y aparente energía, es el de Tiburcio López Guzmán en su *Meditación a solas*, 1962, libro que a veces (“Pronto vendrán los días de olvido / con su ala ingravida de garza”...) pareciera retomar el camino del neorromanticismo poético argentino de 1940. No se queda sin embargo ni aquí ni en la evocación celebrativa de las circunstancias regionales (“salutación sonriente en los lapachos / y el fervor caliente del azahar cuando anochece / para el amor que busca su apogeo”), porque ya ha aprendido que el mundo inmediato es sólo etapa de tránsito para una realidad más profunda, y sus flores y frutos han de ser tomados tan sólo como símbolos: “Aquí, donde yo soy, desvelo inconsciente, / polvo ignorado entre álamos de otoño, / se oye a veces que el descenso llama / y duele una protesta de infatigado ritmo en el ocaso. /.../ En la mirada, / ya el regreso de hojas al origen, / ya demoradas muertas, y silencios”. López Guz-

DAVID LAGMANOVICH

mán sabe también que “Sólo la palabra permanece”, y la suya se tiende, ahora, hacia el Padre cuya voz “había rasgado / la firme obscuridad de la alta noche”:

Padre, señor de la distancia y el recuerdo,  
tu aguda sombra de álamo enaltecido  
enriqueció mi tiempo y su premura  
en la calma dimensión de tu mirada.

Sobre tus huellas de silencio  
fui abordando la hondura de las cosas  
y en tu diálogo con ellas inauguré la pena.

Con la voz temblorosa de brisas y de luz  
junto al desarraigo elaboré tu nombre,  
con ángeles, profetas y una abolida prisa  
poblándome la sangre como inquietos dioses.

Aunque estas palabras no sean las definitivas de un poeta, bien se ve que es largo el camino recorrido por la poesía del Norte en menos de veinte años: desde las fervorosas afirmaciones de “La Carpa” hasta la obra de estos jóvenes que, en una actitud distinta pero igualmente tenaz y consciente, “profesional” diríamos, están buscando su camino hacia y en la poesía.

#### NOTAS FINALES

Si esos son los testimonios de la historia y la geografía, casi es innecesario decir explícitamente que no vale la pena exigir —en este momento al menos— una definición estética a la literatura, y especialmente a la poesía, que se hace en el Norte de la Argentina. Esa poética está todavía por hacerse, o, por mejor decir, está haciéndose constantemente desde las líneas de cada una de esas obras. Puede sin embargo señalarse, sin ánimo de extraer conclusiones definitivas, algu-

### *El Norte Argentino: una Realidad Literaria*

nos rasgos fundamentales (que a veces enlazan a autores aparentemente muy disímiles): la proximidad a las fuerzas elementales de la tierra y el paisaje, en algunos (como podría verse en los poemas "Padre verano" de Castilla, "Malambo" de Ardiles Gray, "Para nuestros hombres" de Aráoz Anzoátegui); la preocupación por el hombre de estas regiones latinoamericanas, criollo, indio o coya, como en el libro *Copajira* de Castilla y en el poema "Coya muerto en el ingenio" de Galán; la transfigurada versión de una solitaria vida provinciana reencontrada desde la infancia, como en Galán, en Oree Remis, en Alvarez Sosa, en Juan José Hernández; y una intensa y vital necesidad de comunicación a través del canto, que late en prácticamente todos ellos —desde Calvetti hasta López Guzmán— y que llega a sus formas más explícitas en una especie de Burl Ives salteño, el poeta, cantor, guitarrista y —en suma— juglar que se llama Jaime Dávalos.

En los últimos años, también el mundo institucional ha favorecido, de alguna manera, el crecimiento de esta nueva literatura. Un diario, "La Gaceta", de Tucumán, publica desde 1956 una página literaria dómínical —dirigida por Daniel Alberto Dessein— que representa para los escritores de todo el Norte la más inmediata vía para llegar a su público natural. Una revista literaria, "Tarja", aunque ya desaparecida, logró subsistir durante algunos años en Jujuy desempeñando la misma función. Y una institución oficial, el Consejo Provincial de Difusión Cultural de Tucumán, ha acometido la publicación de libros de autores locales, y ha realizado dos "encuentros nacionales de poetas" (1961 y 1962), en los cuales casi por primera vez han dialogado con sus colegas norteños los escritores de Buenos Aires y del resto de este poco comunicado país.

Pero todo esto no es la poesía, aunque de ella trate. Por eso puede concluirse esta precaria síntesis citando las palabras de una de las voces más claras en la actual generación de escritores norteños, Tomás Eloy Martínez (1933), de Tucumán, cuyos serios trabajos poéticos y narrativos no han sido aún, desgraciadamente, reunidos en vo-

lumen: "Al riesgo del silencio", dice, "el escritor de provincias debe oponer, pienso, su duro enfrentamiento a la materia indócil y desdichada que lo rodea, su coraje para vencerla y transfigurarla, su condición de viento para derribar los muros y las puertas que lo cercan. Estoy seguro de que alguien —una voz, o quizás un invisible coro de voces—, desde afuera y secretamente, atiende nuestros actos y está dispuesto a comprenderlos y amarlos".

Es difícil no estar seguros de eso después de leer la literatura que hoy se escribe en el Norte argentino, en donde se siente la presencia de Dios por sobre la tierra y los hombres como algo natural, familiar y tierno. La "condición de viento" de que habla Martínez es, sin duda, análoga a la condición del Espíritu, el que según las Escrituras "sopla donde quiere": en los llanos de La Rioja como en los algarrobales de Santiago del Estero, en los tabacales de Salta y en las serranías agrestes de Catamarca, en las azules alturas jujeñas o en la verde y profunda maravilla de un cañaveral de Tucumán.